

Palabras del Presidente de la República, José Mujica, en su audición radial correspondiente al 13 de junio de 2014.

Un gusto, amigos, poder saludarlos a través de este espacio.

Y diríamos, casi como lugar común, pero tratando de profundizar, que en una sociedad como la nuestra, prácticamente todos estamos de acuerdo en que la enseñanza es algo fundamental, que es imprescindible como garantía final de verdadero progreso humano.

Pero queremos señalar que, sin embargo, el concepto *enseñanza*, matemáticamente se nos prefigura como escuelas, aulas, clases, programas, maestros, profesores, etc. Y todo esto es obvio, incluye la enseñanza, todo esto.

Pero en un sentido mucho más amplio de la vida humana, también influyen — en la formación de los nuevos individuos, hombres y mujeres— un conjunto de factores sociales que están en el medio ambiente, que nos rodean, en nuestras familias, en nuestras relaciones laborales, en nuestras acciones de divertimento. Un conjunto de factores que no están inscriptos en el tradicional rubro docencia. Que no pertenecen al clásico concepto de enseñanza que tenemos, pero ¡vaya que influyen!, que determinan en muchísimo nuestra formación como jóvenes, como personas, porque no podemos escapar a la acción convergente que tienen este conjunto de factores que nos rodean.

La enseñanza no es solo el intento de acumular conocimiento, acumular conocimiento en aquellas generaciones que nos van a suceder. Es bastante más que esto.

Más, se puede asegurar todo esto y sin embargo caminar hacia un brutal fracaso. A veces como etapa histórica de una sociedad.

Recordemos que no debía existir en la Europa de la década del 40 nación que tuviera un sistema de enseñanza más afinado en materia de expansión del conocimiento ni de masificación de la cultura que Alemania. Y sin embargo, en esa nación, fue posible el camino del hitlerismo. Lo que quiere decir es que lo primero que tenemos que alejar es la idea simplista y conformista, que nos dice si tenemos “tanto y tanto y tanto” estamos bien, o estamos asegurados.

Podemos tener tanto y tanto y tanto y no alcanza. Y no alcanza por estos otros factores que no entran en el clásico concepto de enseñanza o de docencia, sino que son inmanentes, que están presentes en la marcha de la sociedad, nos rodean por todas partes, pero influyen notoriamente en la formación de nuestra personalidad, nuestro modo de ver, nuestro modo de ser.

Y me quiero detener en algunos de esos aspectos. En primer término: el ejemplo que recibimos de los portavoces, y recordemos que las repúblicas

surgieron en el mundo como una manifestación crítica y de enfrentamiento al concepto aristocrático del linaje de los hombres, de las monarquías hereditarias de origen divino y absoluto. Y las repúblicas vinieron a suscribir que básicamente los hombres somos iguales, por lo menos en términos de derechos. Y que nadie es más que nadie, y que si surgen diferencias, son hijas del camino, tal vez del mérito, de la suerte, tal vez de muchas cosas. Pero básicamente los hombres, por lo menos constitucionalmente, no tenemos diferencias por el origen. Y esto tan simple pero tan crudo, tan evidente, suele morder la realidad por las diferenciaciones, a veces de carácter económico y social que se dan en nuestra vida.

Dice el diccionario de la Real Academia Española, hablando de la ética: “conjunto de normas que rigen la conducta humana”. Y hablando de la moral dice: “ciencia que trata del bien en general y de aquellas acciones humanas en cuanto a su bondad y malicia”.

Ahora bien, estas cuestiones en una sociedad que pretende ser republicana, adquieren un carácter de representación fenomenal en nuestra vida diaria en nuestra vida permanente, en las valoraciones sociales, en las valoraciones de carácter político que los hombres realizamos. Y naturalmente van a influir en nuestra apreciación, a favor y en contra. Y van a favorecer o van a degradar la realidad de la sociedad a la que pertenecemos.

Lo cierto es que cosas muy elementales, como el apego a la verdad, a la sinceridad de llamar a las cosas por su nombre, a la práctica permanente de la solidaridad, son cuestiones que hay que custodiarlas, que hay que pelearlas en cada uno de los escalones de la vida por la cual andamos.

Porque los seres humanos nos solemos juntar para reclamar nuestros derechos laborales, por ejemplo, lo que hacemos permanentemente en un sindicato.

Nos juntamos en los barrios para reclamar por los pozos que hay, por el tráfico, por la falta de lomos de burro.

Nos juntamos en cualquier corporación para pelear nuestros intereses.

Pero los seres humanos no nos juntamos tras el intento deliberado de discutir cómo ser mejores como personas; esto tan simple, cómo ser mejores como personas.

Solemos reclamarle a la enseñanza cuando los hombres fallan o a cualquier otra cosa, pero nos cuesta enormemente asumir nuestra cuota, asumir nuestra propia responsabilidad, nuestra propia ubicación.

Por eso, en estas cuestiones que encierran valores no hay asesores, no hay equipos, no hay construcciones colectivas; por el contrario, hay que estar

siempre en guardia. ¿Por qué? Porque en la vida vemos cara, pero no vemos corazón, y no se puede juzgar simplemente por palabras.

La mezquindad, ese yuyo tan malo está por todas partes y aflora en nuestras sociedades. La codicia, el egoísmo están por todas partes, pero, claro, nunca aparecen nítidamente con el dibujo y la faz que tienen, sino que aparecen astutamente encubiertas.

Nadie se reconoce mezquino, nadie se reconoce codicioso y por lo tanto estas son actitudes que andan de contrabando, ¡pero vaya que andan!

En la cosa pública nunca lo veremos con claridad de entrada, porque es fácil medir el conocimiento, el apego al espíritu de trabajo, pero es muy difícil descubrir de entrada estas cuestiones que juegan en el fondo de la gente y que están en las prácticas humanas. Por eso, el preocuparse de la práctica de la verdad, de la práctica de la solidaridad permanente, el llamar a las cosas por su nombre, el asumir cuando uno se equivoca son cosas muy raras, muy dejadas de lado en el marco de nuestra sociedad. Y esto es lo que explica no la falla de las cosas, sino la falla de los “cosos”, que es una cosa distinta.

A lo largo de estos años nos hemos encontrado con estas paradojas, gente que conoce, por ejemplo, un disparate en materia de derecho laboral y que se pasa peleando por el derecho laboral de tales y de cuales y de los otros trabajadores, pero que cuando tiene a alguien a su cargo no vacila, francamente, en jugarle un tornillo legal para birlarse el pago de reclamos que moralmente son justos, que tiene que hacer.

Y hemos visto señorones a lo largo de los años ir “de garrón”, porque los llevan, y no tener la delicadeza mínima, elemental, a lo largo de una década cobrando sueldos opíparos, porque los llevaron en una lista, poner algún mínimo de aporte para los gastos elementales que tiene una organización política.

Y no son analfabetos, no son torpes ciudadanos sin instrucción ni conocimiento. No, si así lo fueran, perdonados están.

No son perdonables porque tienen capacitación de carácter universitario y, como tal, la Universidad en materia de valores no les sirvió para nada.

¿Qué quiere decir esto? Que la enseñanza es fundamental, es básica para darnos instrumentos de desarrollo, pero no alcanza. Hay una cuestión de ética social, de conducta global social que no arregla necesariamente en línea recta la enseñanza y eso mucho tiene que ver con la conducta humana y eso mucho tiene que ver con los paradigmas que se asumen y eso mucho tiene que ver en el fondo con ciertas ideas.

No es que nosotros estemos descubriendo la rueda, estas son cosas muy viejas, muy eternas, muy permanentes.

No se puede tomar al pie de la letra aquella afirmación bíblica de que “el hombre feliz no tenía camisa”. No. No está dicho en el sentido burdo de tomarlo en forma directa, está dicho en el sentido profundo, está dicho en el sentido de que aquellos que tienen demasiada preocupación material por la riqueza, suelen caer en la codicia, en el egoísmo y en la mezquindad, frecuentemente porque son conducidos por el deseo que genera la codicia.

En el fondo “nada es suficiente para los que lo suficiente es poco”, decía un pensador hace 300 y pico de años antes que naciera Cristo. Estas cosas son un poco eternas, lo único que pasa es que hay que recordarlo en cada coyuntura de carácter histórico. Y hoy nos toca vivir una de las épocas más llenas de riqueza, más esplendorosa por la cantidad de conocimiento que ha acumulado la humanidad. Por eso mismo, por las posibilidades que tendría y que tienen los hombres, duele doblemente la mezquindad y el egoísmo que frecuentemente en forma paniaguda caminan por las calles.